

# LECTIO DIVINA: UNA EXPERIENCIA DE ESCUCHA Y ENCUENTRO CON CRISTO

José Manuel Eguiguren<sup>1</sup>

## Introducción

El Movimiento Apostólico Manquehue, fundado en Chile en 1977, puede ser descrito como un monasterio laico, cuyo pulmón espiritual es la *lectio divina*: de ella brota su vida, carisma y misión. Para mí hablar de la *lectio divina* es hablar sobre el Cristo que he encontrado en la Sagrada Escritura. No se trata de algo teórico o general, sino de compartir una experiencia personal y comunitaria de encuentro con una persona: Jesucristo. De este contacto con la Palabra de Dios han nacido amistades y distintos apostolados que han hecho crecer al Movimiento para seguir compartiendo con otros la experiencia de encuentro con el Señor en su Palabra, llevándonos a fundar tres colegios –con más de 4.000 alumnos– cuya razón de ser es la evangelización. En este artículo intentaré dar a conocer cómo ha sido este encuentro con Jesucristo en su Palabra y cómo la *Regla* de san Benito nos ha ayudado a plasmar esta experiencia de escucha en la vida de nuestra comunidad laical y en la experiencia evangelizadora que hemos tenido con niños y jóvenes.

Mi experiencia de *lectio divina* comenzó hace ya cerca de 40 años cuando, siendo un joven universitario sumido en una profunda crisis existencial, un monje benedictino me mostró las Sagradas Escrituras y me enseñó a leerlas de tal forma que tuve en ellas un encuentro con Jesucristo, a quien antes sólo conocía de oídas gracias a la educación católica típica que recibí de niño. Este encuentro fue todo

---

1 José Manuel Eguiguren Guzmán nació en Santiago el 4 de Junio de 1948; estudió en el colegio de los Sagrados Corazones de Manquehue, egresando en 1966, para estudiar Filosofía y Letras en la Universidad de Chile. Desde 1974, en que estableció contacto con la Abadía de la Santísima Trinidad de Las Condes (Santiago de Chile), profundizó en la práctica de la *lectio divina*; en 1977, alentado por el Arzobispo de Santiago, Cardenal Raúl Silva Henríquez, funda el Movimiento Apostólico Manquehue, a partir de la preparación de alumnos del colegio Manquehue para la recepción del sacramento de la Confirmación. En 1980 contrajo matrimonio con Luz Cosmelli Pereira, con quien tiene cinco hijos.

un acontecimiento para mí: Cristo Resucitado apareció en mi vida, iluminándola y llenándola de sentido. Durante tres años subí casi cada día hasta el Monasterio de la Santísima Trinidad de Las Condes y el padre Gabriel Guarda, osb, –con una paciencia infinita– se dio el tiempo para atender a mis preguntas, compartir mis angustias, y ayudarme a escuchar las respuestas que Dios tenía para mí en su Palabra. Eso fue lo más extraordinario: que no fue el padre Gabriel quien me hablaba, sino quien me enseñó a escuchar. Me ayudó a seguir el llamado de san Benito cuando dice: “Escucha, hijo, los preceptos de un maestro e inclina el oído de tu corazón”<sup>2</sup>. Antes de aprender a escuchar de esta manera, estaba lleno de mis propias ideas o buscaba confirmarlas con la Biblia. Pero esto fue distinto: el padre Gabriel me ayudó a vaciarme de mí mismo, de mis ideas, a inclinar el oído del corazón para dejar entrar a Dios. En eso consistió mi primera conversión y en esto sigue consistiendo cada día: en volver mi vista a Dios desde donde me encuentre, en dejar mis propias ideas para abrir paso a una escucha real de lo que Él me quiera decir y mostrar.

Gracias a la acogida del padre Gabriel y a la manifestación del Espíritu Santo pude tener en la Biblia un encuentro real con Cristo. Podría decir que pasé de la Biblia a la Palabra, o como dice Bernardo Olivera, tuve un encuentro con “la Palabra más allá de las palabras”<sup>3</sup>. Esta experiencia inicial junto a las que luego hemos vivido como Movimiento dentro de la Iglesia, nos han hecho valorar enormemente la *lectio divina*, reconociéndola como una forma de aproximarse a la Biblia, una actitud de humilde escucha, más que una técnica o una actividad puntual. Podría decir que es una forma particular de leer la Sagrada Escritura que se basa en la certeza de que Jesucristo, la Palabra de Dios, está presente en la Biblia por obra del Espíritu Santo, haciendo que ella se convierta efectivamente en un lugar de encuentro con Dios.

Para mí la *lectio divina* es algo que necesito hacer todos los días, porque en el fondo no es sólo un ejercicio de lectura, sino una relación con una persona, con Jesucristo, que, como toda relación, requiere tiempo para crecer en profundidad. San Jerónimo decía que “el desconocimiento de las Escrituras es desconocimiento de Cristo”<sup>4</sup> y mi experiencia ha seguido esa línea: conocer de cerca las Escrituras

---

2 RB Prol. 1.

3 Cf. OLIVERA, Bernardo, *70 puntos sobre la lectio divina*, notas incluidas en su carta circular a la Orden Cisterciense de la Estricta Observancia, 26 de enero 1993, punto 48.

4 Cf. CONCILIO VATICANO II, *Dei Verbum*, 25.

me ha llevado a conocer de cerca a Cristo. Por eso es que poco a poco he ido descubriendo que la *lectio divina* requiere de una lectura pausada, ir versículo por versículo, palabra por palabra, mirando el contexto, escrutando los pasajes y atendiendo a las respuestas en la Sagrada Escritura misma. Es un momento especial donde me dispongo a escuchar las resonancias que evocan en mí las palabras que voy leyendo para elevarme del sentido literal a su sentido espiritual. Si bien la *lectio* parte de una lectura textual de algún pasaje bíblico, sé por experiencia que esta lectura no se queda sólo ahí, sino que involucra mucho más, porque es un diálogo de amor entre Dios y cada uno de nosotros. Por eso, normalmente trato de guardar silencio para dar espacio a este diálogo, deteniéndome para escuchar y responder a Dios en la oración.

Todo esto que nos ha sucedido lo hemos visto confirmado por el Papa Benedicto XVI y los demás obispos de América Latina en la última reunión del CELAM en Aparecida, donde explicitan que la Sagrada Escritura es uno de los “lugares de encuentro con Cristo” y señalan, citando al Papa en su Discurso Inaugural, lo siguiente: “Al iniciar la nueva etapa que la Iglesia misionera de América Latina y El Caribe se dispone a emprender, es condición indispensable el conocimiento profundo y vivencial de la Palabra de Dios. Por esto, hay que educar al pueblo en la lectura y la meditación de la Palabra: que ella se convierta en su alimento para que, por propia experiencia, vea que las palabras de Jesús son espíritu y vida”<sup>5</sup>. Esto es lo que nos ha sucedido a nosotros: hemos gozado en la *lectio* de la experiencia del Señor Jesús y la amistad con Él.

### **Regla de san Benito: organizar una comunidad que escucha y comparte la palabra**

El Movimiento Manquehue surgió debido a que junto a un grupo de jóvenes empezamos a escuchar la Palabra de Dios, compartimos lo que el Señor nos decía a cada uno y decidimos perseverar en la experiencia de amistad que habíamos encontrado. Me atrevería a decir que fue la *lectio divina* lo que hizo que algunos quisieran avanzar y formar una comunidad de amigos. Nos llenamos de ideales, de ganas de hacer cosas, de transformar el mundo, y como compartíamos toda esta experiencia nos comenzamos a querer y nos hicimos muy amigos. La Palabra nos hizo descubrir la riqueza de nuestro Bautismo y la vida que Cristo

nos daba en Él<sup>6</sup>, lo que nos motivó a vivir según el Evangelio y a compartir con otros nuestra experiencia de encuentro con Cristo Resucitado en la Palabra, tal como lo había hecho la primera comunidad cristiana<sup>7</sup>. Sin embargo, nos fuimos dando cuenta de que vivir este ideal no era fácil, y menos en el mundo que nos tocaba vivir: tuvimos que asumir nuestras debilidades y nuestra mutua necesidad, si queríamos buscar a Dios, porque solos no éramos capaces de hacerlo. Entonces comenzamos a ver cada vez con más claridad que la sabiduría de la *Regla de San Benito* respondía de manera efectiva a nuestros deseos de vivir el Evangelio en comunidad. Pero al comienzo nadie habría sido capaz de predecir la influencia que recibiríamos de la *Regla*.

Creo que fue el Espíritu Santo quien guió al Movimiento Manquehue hacia el carisma de san Benito por caminos insospechados. La relación con el mundo benedictino se fue dando lentamente, y hechos concretos –en los que se fue manifestando la Providencia Divina– nos fueron acercando cada vez más hacia la *Regla*. El origen de todo provino de mi relación con el P. Gabriel, por quien fui conociendo algunos aspectos del espíritu de san Benito y a otros monjes de su Orden. Luego, durante mi primera visita a la abadía de Ampleforth, Inglaterra, comenzó a darse una relación más profunda con la espiritualidad benedictina. Inicialmente viajé con la idea de conocer un colegio de tradición benedictina que nos diera la inspiración para fundar nuestro primer colegio en Chile. Pero al momento de llegar descubrí que, más que una visita por motivos escolares, ésta iba a ser una fuerte experiencia espiritual que marcaría la vida de nuestra comunidad. En los años siguientes algunos sucesos profundizaron este acercamiento al espíritu de san Benito: en algunas comunidades del Movimiento se comenzó a meditar la Palabra de Dios, orientándose por el capítulo IV de la Santa Regla sobre los “Instrumentos de las Buenas Obras”, lo que constituyó el primer uso oficial de la *Regla* en el Movimiento. Además conocí al P. Columba Cary-Elwes, osb, monje de Ampleforth, fundador del monasterio de St. Louis, Missouri, EEUU, quien influyó mucho en mi manera de entender la *Regla*, dándole mayor vigor a lo benedictino dentro del Movimiento, pues él creía profundamente que la *Regla* podía iluminar cualquier comunidad cristiana que quisiera tomar por guía el Evangelio<sup>8</sup>, ya sea de religiosos o laicos. Un tercer hecho fundamental fue el impulso que me dio mi mujer para seguir la línea benedictina y dejarme

---

6 Cf. *Rm* 6,3-4.

7 Cf. *Hch* 2,42-47; 4,32-37.

8 Cf. *RB* Prol. 21.

guiar por la *Regla de San Benito*. Por esta razón es que en el Movimiento la *Regla* se lee constantemente y se consulta de las más variadas formas, y hasta los párrafos que parecen más inaplicables o pasados de moda nos han ayudado a entender la mentalidad del hombre de Dios y su criterio. Complementando esta lectura con la vida de san Benito escrita por Gregorio Magno en el Libro II de los *Diálogos*, y el ejemplo que tomamos de nuestros hermanos mayores, es decir, de los monasterios<sup>9</sup>, hemos descubierto que la *Regla* siempre tiene algo que decir. Cada elemento de la vida según la *Regla* tiene una aplicación a la vida laical.

A través de estos y otros momentos en la historia del Movimiento, fuimos adoptando cada vez más la *Regla* para organizar la vida y el trabajo de nuestra comunidad. En la *Regla* encontramos una guía práctica y una luz espiritual que nos hizo ver que, sin ser monjes, podíamos vivir nuestro ideal de buscar a Dios en medio del mundo de hoy, como laicos y laicas. Nos dimos cuenta de que la *Regla* nos ayudaba a dar sentido e integrar todas las actividades humanas en función de esta búsqueda. Para san Benito todos los momentos, lugares y actividades forman parte de una unidad y apuntan a un mismo fin, tal como lo expresa con fuerza el tradicional lema benedictino “*Ora et labora*”, porque en todas partes está Dios y en todos sus quehaceres lo encuentra el que lo busca. Aprendimos de san Benito que para el benedictino –y en realidad para todo cristiano– no existe la dualidad pagana entre lo material y lo espiritual<sup>10</sup>, ni tampoco la división entre lo activo y lo contemplativo<sup>11</sup>. Descubrimos en la *Regla* una respuesta a la aspiración del Concilio Vaticano II respecto a una unión más íntima y estrecha entre la fe y la vida de los cristianos<sup>12</sup>. La *Regla* nos hizo conscientes de que más que abandonar el mundo para buscar a Dios, teníamos que aprender a estar en el mundo y a organizar nuestra comunidad de tal manera que se transformara, como dice san Benito, en una “escuela del servicio divino”<sup>13</sup>: un lugar donde aprender a amar como Dios nos ha amado y desde donde irradiar ese amor al resto de la sociedad, sea o no cristiana. De hecho, san Juan Crisóstomo decía que si las ciudades fueran cristianas los monasterios serían innecesarios. Porque el monasterio, o cualquier otra forma de comunidad benedictina, como es nuestro caso, es como un taller a escala del mundo cristiano. Nuestra experiencia, así como la vida e historia de

---

9 Cf. *RB* 7,55.

10 Cf. *RB* 31,10; 57,1-9.

11 Cf. *RB* 7,63; 19,1; 48,1.

12 Cf. CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et Spes*, 43.

13 *RB* Prol. 45.

los monasterios benedictinos en todo el mundo, nos ha hecho reconocer que san Benito logró establecer una organización social alternativa a la imperante, que es presencia real del Resucitado en el mundo, testimonio de que es posible construir una sociedad que viva de la fe, a la escucha de la Palabra, ofreciendo culto al Dios vivo en la liturgia, derribando las barreras que nos separan de Él y de los demás, trabajando por el Reino de Dios, en fin, creando las condiciones para que Cristo viva y se desarrolle en cada uno de sus miembros<sup>14</sup>. Lo que quiero decir es que Dios nos ha regalado en la *Regla de San Benito*, en este tiempo que es ya el tercer milenio y a pesar de toda nuestra debilidad, una posibilidad real para vivir de la fe tal como los primeros cristianos.

La *Regla* nos ha ayudado a confiar en que es posible plasmar nuestra experiencia de escucha de la Palabra en la vida diaria, en medio del trabajo, la vida familiar y comunitaria, la recreación o el descanso. Una persona le decía a san Juan Crisóstomo: “Yo no soy monje sino que tengo mujer e hijos, no es asunto mío conocer a fondo las Escrituras, sino de los que están alejados del mundo y viven en las cumbres de los montes”. Entonces san Juan Crisóstomo le respondió: “Justamente, lo que lo ha echado todo a perder es el pensar que la lectura de la Sagrada Escritura es sólo para los monjes, cuando es a ellos, a los que se mueven en medio del mundo, a los que día a día reciben heridas, a esos, más que a nadie, a los que les son necesarias las medicinas”<sup>15</sup>. El Señor nos ha regalado un gran don en medio del mundo, y creo que se debe a la aparente contradicción de nuestro carisma laico y benedictino: el poder hacer *lectio divina* y escuchar a Dios hablando en medio del mundo en que vivimos, en las circunstancias de la vida ordinaria, tal como lo anuncia el Concilio Vaticano II: «Solamente con la luz de la fe y la meditación de la palabra divina puede uno conocer siempre y en todo lugar a Dios, “en quien vivimos, nos movemos y existimos”<sup>16</sup>, buscar su voluntad en todos los acontecimientos, contemplar a Cristo en todos los hombres, sean deudos o extraños, y juzgar rectamente sobre el sentido y valor de las cosas materiales en sí mismas y en consideración al fin del hombre»<sup>17</sup>. San Benito nos ha ayudado a vivir esto porque la manera en que ordena el ritmo diario hace que quienes sigan su *Regla* se empapen constantemente y queden impregnados de la Palabra de Dios, sean o no monjes. Esto se da por los momentos del día que

14 Cf. *Ga* 2,20.

15 COLOMBÁS, García, *La lectura de Dios*, Ediciones Monte Casino, Zamora, 1986, p. 27.

16 *Hch* 17,28.

17 CONCILIO VATICANO II, *Apostolicam Actuositatem*, 4.

designa para cantar la Liturgia de las Horas<sup>18</sup> –oración que se basa en salmos y otros textos de las Escrituras–, o por los tiempos establecidos para la *lectio divina*<sup>19</sup>. En el fondo, la Palabra de Dios es una luz que atraviesa todos los criterios de la *Regla*, y de hecho san Benito constantemente está citándola o animando a sus monjes a meditarla<sup>20</sup>.

En nuestro caso particular, podría decirse que san Benito nos ha ayudado a organizar nuestra comunidad y nuestra vida para mantenernos escuchando a Dios, dedicando, además de los momentos diarios para la Liturgia de las Horas, tiempos concretos para la *lectio divina*. Si bien el corazón con el que nos acercamos a las Escrituras al hacer *lectio divina* es siempre el mismo y lo que buscamos es el encuentro con Cristo, en la práctica existen muchas formas distintas de hacer *lectio divina*, que nos llevan a ese encuentro. Por ejemplo, cada mañana nuestra comunidad se junta durante un tiempo, generalmente 45 minutos, para hacer *lectio divina*, e invitamos a quienes quieran a participar con nosotros. Dependiendo del tiempo litúrgico, hay meses en que escrutamos<sup>21</sup> las lecturas de la Misa del día escribiendo las referencias en un cuaderno personal; otros meses leemos en voz alta, lentamente, versículo a versículo, un texto del Evangelio; o a veces leemos personalmente y en silencio varios libros de la Biblia de corrido. Al final de estos 45 minutos, compartimos un breve eco<sup>22</sup> –o incluso un versículo solamente– de lo que creemos que el Señor nos ha dicho en su Palabra y luego rezamos juntos un Padrenuestro. Otro momento clave de *lectio divina* se da una vez a la semana, cuando nos juntamos sólo los miembros de la comunidad para tener una “Celebración de la Palabra” en la que meditamos las lecturas de la Misa del Domingo siguiente. Esta celebración litúrgica es preparada por dos personas de la comunidad, con cantos y motivaciones especiales, y luego de escuchar las

---

18 Cf. *RB* 16.

19 Cf. *RB* 48.

20 Algunos ejemplos: *RB*, Prol., 10-12. 33-34.

21 Escrutar es navegar a través de la Escritura, por el Antiguo y el Nuevo Testamento, siguiendo los paralelos bíblicos de algún pasaje. Se suele dejar registro de este recorrido escribiendo las lecturas o versículos por donde se caminó, para al final revisar por dónde nos llevó el Espíritu Santo y discernir qué nos ha querido decir con toda esta travesía o con algún pasaje en particular que nos haya llamado la atención.

22 Los ecos son la manera en que los hermanos comparten lo que la Palabra de Dios le dice a cada uno de forma personal, siempre en primera persona y en singular, es decir: “A mí esta Palabra me dice...”; por lo tanto no son una homilía, una enseñanza general ni una reflexión teórica.

lecturas cada uno comparte un eco más detallado explicando cómo Dios le ha hablado y ha actuado en su vida por su Palabra.

Sin embargo, la *Regla* no sólo nos ha ayudado con criterios prácticos para dedicarle tiempos concretos a la escucha de la Palabra de Dios. Creo que es igual o más importante el hecho de que san Benito nos ha ido iluminando el sentido de lo que hace en nosotros la *lectio divina*. Con sus exhortaciones<sup>23</sup> nos ha mostrado que la Palabra es una luz que tiene el poder para despertarnos del sueño de un mundo sin Dios, de ese ateísmo práctico en que permanecemos la mayor parte del día, que nos mantiene dormidos e insensibles a la presencia y al amor de Dios, o por lo menos desconfiando de su Providencia. Este nuevo prisma que da la *lectio divina* está en sintonía con las palabras de Benedicto XVI en *Aparecida* y en *Verbum Domini*, cuando cuestiona lo que se entiende por realidad: «¿Son “realidad” sólo los bienes materiales, los problemas sociales, económicos y políticos? (...) Quien excluye a Dios de su horizonte falsifica el concepto de “realidad” y, en consecuencia, sólo puede terminar en caminos equivocados y con recetas destructivas»<sup>24</sup>. “La Palabra de Dios nos impulsa a cambiar nuestro concepto de realismo: realista es quien reconoce en el Verbo de Dios el fundamento de todo”<sup>25</sup>. En este sentido, san Benito es tremendamente realista, porque para él vivir excluyendo a Dios del mundo es como vivir en un sueño, esa vida no es real, no tiene solidez, ya que su experiencia le mostró que la Palabra es el fundamento más firme y duradero<sup>26</sup> y es viva y eficaz<sup>27</sup> para despertarnos y hacernos reconocer que Dios está siempre con nosotros<sup>28</sup>, que nada nos puede separar de su amor<sup>29</sup>, y que todas nuestras desconfianzas y temores son expulsados si confiamos en la plenitud de ese amor<sup>30</sup>.

## Tutoría: evangelizar acogiendo y enseñando a escuchar

23 Cf. *RB*, Prol., 8-12.

24 BENEDICTO XVI, *Discurso inaugural en la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe en Aparecida*, 13 de mayo de 2007.

25 BENEDICTO XVI, *Verbum Domini*, 10.

26 Cf. *RB*, Prol., 33-34.

27 Cf. *Hb* 4,12.

28 Cf. *Hch* 17,28.

29 Cf. *Rm* 8,35-39.

30 Cf. *RB* 7,67; *1 Jn* 4,18.



Desde los inicios del Movimiento Manquehue, el compartir nuestra experiencia de encuentro con Cristo en la *lectio divina* –y la forma en que lo hemos hecho– ha sido fundamental, ha marcado la identidad de nuestro carisma. Algunos años después de mis visitas al P. Gabriel, sin saber mucho cómo, me vi encargado de la preparación para la Confirmación de un grupo de alumnos de último año en mi propio colegio. Lo que hice con esos jóvenes fue lo mismo que aquel monje había hecho conmigo: tomamos la Biblia y fuimos descubriendo que había una Palabra que Dios dirigía a cada uno. Nos llenamos de gozo y quisimos compartir este gozo con los alumnos menores de nuestro colegio. El grupo de jóvenes empezó a crecer, y nos llamamos “Movimiento Apostólico Manquehue” porque era el nombre de nuestro colegio, que está a los pies de un cerro que se llama así<sup>31</sup>.

Pronto el desarrollo del Movimiento hizo necesario que dejásemos el Colegio Manquehue para fundar nuestro propio colegio. Lo más importante para nosotros era que éste debía ser un lugar de evangelización donde pudiésemos seguir compartiendo el amor y el gozo que habíamos encontrado en Jesucristo al escuchar su Palabra, y que el espíritu del colegio fuera claramente benedictino. En ese entonces no sabíamos cuán profunda era la conexión que había entre ambos –evangelización y carisma benedictino–, pero este nuevo proyecto gatilló un proceso de búsqueda que nos hizo relacionarnos cada vez más íntimamente con la familia benedictina, como expliqué más arriba. Este proceso, junto a nuestra experiencia de *lectio divina*, nos cuestionó y nos hizo reflexionar sobre cómo debía ser un colegio benedictino, qué entendíamos por educación cristiana y cuál debía ser su sentido.

Generalmente, en el mundo actual se suele entender la educación como un proceso similar a cargar el disco duro de un computador: traspasarle a los alumnos todo tipo de conocimientos y habilidades, como si hubiera que dotarlos de un complejo equipo de herramientas. Y cuando pensamos en educación cristiana pensamos en una herramienta más, no haciendo que todo tenga a Cristo por cabeza<sup>32</sup> sino como agregando un nuevo ítem a nuestros programas. Pero las herramientas no sirven de nada si no sabemos para qué son. Nuestra experiencia

---

31 “Manquehue” en *mapudungun* (lenguaje indígena de Chile) significa “lugar de cóndores”.

32 Cf. *Col* 1,18.

de *lectio divina* nos cuestionó estos paradigmas educacionales, porque nos abrió a reconocer que cada uno de nosotros –y por ende cada niño o joven de nuestros colegios– ha recibido de Dios una vocación que es, al mismo tiempo, su más profunda identidad y su total identificación con Jesucristo. Esa vocación es el “para qué” de todas las herramientas que podamos darle a nuestros alumnos, y por lo tanto, el valor de los conocimientos o habilidades no se puede establecer sino en relación con esa vocación, la cual supera todo lo que la sociedad, la familia, el colegio o los mismos alumnos puedan desear o pensar. Entonces, al educar se nos hizo prioritario enseñarle a nuestros alumnos a escuchar con humildad a Dios, porque Él es el único que puede revelarle a cada uno su vocación. Esto nos hizo entender que educar significaría normalmente hacer un proceso más bien inverso a cargar un disco duro. Escuchar a Jesucristo en la Palabra sería casi siempre un proceso de desmantelamiento, de desmontar otros proyectos y de desarraigar las ambiciones que la sociedad, la familia o nosotros mismos hemos ido poniendo en el corazón de los jóvenes, para que así ellos puedan responder a su vocación con sinceridad y libertad, disponiendo sus propios dones y conocimientos para servir primero a Dios y a los demás antes que a sí mismos<sup>33</sup>.

Todo esto hizo que para nosotros educar fuera mucho más que dar una formación académica, intelectual y física. Educar se volvió sinónimo de evangelizar, de acoger a los jóvenes y enseñarles la *lectio divina* tal como alguien lo hizo antes con nosotros. Cada uno de nosotros conoció a una persona concreta que le enseñó a “inclinarse el oído del corazón”<sup>34</sup>, no mediante un persuasivo discurso sino sobre todo acogiéndolo personalmente con amor y paciencia, como a Cristo mismo<sup>35</sup>. Ésa es la experiencia de *lectio divina* que nosotros hemos querido compartir con los niños y jóvenes, viendo y adorando en ellos a Cristo<sup>36</sup>, abriendo nuestros corazones al amor hacia ellos hasta hacernos cercanos y disponibles, dejando a un lado nuestros propios pensamientos y quehaceres para escucharlos, para atenderlos, para dejar que nos invadan con su propio mundo y sus preocupaciones. Esa relación de amorosa acogida tomó el nombre de “Tutoría”, y se constituyó como nuestra manera de presentar a los niños y jóvenes ante Cristo<sup>37</sup>, verdadero Maestro, para que sea Él quien les hable y les enseñe. Esta experiencia nos ha hecho reconocer que nosotros sólo somos como el amigo del novio, como

---

33 Cf. *RB* 72,7; *1 Co* 10,24.

34 Cf. *RB* Prol., 1.

35 Cf. *Rm* 15,7.

36 Cf. *RB* 53,1. 7.

37 Cf. *2 Co* 11,2.

Juan Bautista, que “*se alegra mucho con la voz del novio*”<sup>38</sup>, pero cuyo rol es más el de preparar el camino, el de facilitar las condiciones para que se dé un espacio propicio para el encuentro con Cristo; pero no puede forzar ese encuentro, ni es él el protagonista, sino Cristo, y por eso debe saber retirarse, para que Cristo crezca y él disminuya<sup>39</sup>. Este rol es muy importante para enseñar la *lectio divina*, porque en la mayoría de los casos no basta simplemente con leer la Palabra, sino que es necesario acompañar a los jóvenes para que la puedan escuchar realmente como Palabra de Salvación, que Dios dirige personalmente a cada uno, como le ocurrió al eunuco etíope con Felipe cuando le preguntó: “¿*Cómo lo puedo entender si nadie me hace de guía?*”<sup>40</sup>.

El rol de Felipe, o de Juan Bautista, corresponde principalmente al del “tutor”. En los inicios, siendo jóvenes, para nosotros fue esencial tener la misión de ser tutores de otros, ya sea de nuestra misma edad o un poco menores, porque compartir el Evangelio hizo que nuestra fe creciera y se avivara. Por eso en nuestra misión educativa el papel que juegan los mismos jóvenes sigue siendo vital, porque les ayuda también a ellos a crecer en su fe. En el caso de nuestros alumnos, sus tutores suelen ser alumnos mayores, ex alumnos o miembros del Movimiento, que desarrollan una relación personal con ellos, participando de sus juegos, preocupándose de sus estudios, de su situación familiar, en fin, rescatándolos del anonimato mediante el amor. Estos tutores, que a su vez han tenido la experiencia de la tutoría, son los realmente capaces de mostrar a los niños y jóvenes un Dios que está vivo, que habla en las Escrituras y que actúa. Pocos adultos pueden hacerse escuchar por un niño de 8 o 10 años como un compañero mayor de 15 o 17 que lo conoce y está genuinamente interesado por él. Sin embargo, nuestra experiencia de tutoría nos ha mostrado que siempre hay dificultades y problemas, y que incluso el mejor tutor necesita ser parte de una comunidad, necesita de otros para vivir su fe y compartirla con los demás. Esta reflexión fue madurando poco a poco en el Movimiento, y el poder evangelizador que tenía la comunidad se fue haciendo cada vez más evidente, especialmente cuando empezamos a conocer la irradiación y el testimonio de los monasterios en la historia del mundo hasta el presente. Entonces me di cuenta de que no había que trabajar para formar tantos dirigentes sociales que tuvieran la responsabilidad de gobernar el país –que es la antigua visión que muchos teníamos en la Iglesia– sino que había que enseñar

---

38 Cf. *Jn* 3,29.

39 Cf. *Jn* 3,30.

40 *Hch* 8,31.

a crear comunidades en la base desde donde las personas pudieran escuchar la Palabra de Dios y compartir su fe entre ellos y con los demás. Ése ha sido otro gran regalo de la *Regla de San Benito*.

El énfasis de la tutoría y la *lectio divina* no está tanto en el contenido, sino en la relación que se genera entre las personas y las experiencias de encuentro con Cristo que viven los jóvenes, todo lo cual es acompañado por momentos de formación que iluminan ese encuentro que están teniendo. En el fondo viven lo que describió Benedicto XVI, porque nuestra experiencia ha sido ésta: “no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o por una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”<sup>41</sup>. A continuación describiré algunos ejemplos concretos que pueden ayudar a entender cómo compartimos la *lectio divina* a través de la tutoría, de acuerdo a las distintas edades de los niños y jóvenes. Para los niños menores existe la “hora de tutoría”, donde una vez a la semana alumnos mayores les enseñan pasajes de la Biblia de forma entretenida y didáctica, con juegos u otras dinámicas. Luego, cuando son un poco mayores (desde los 13 años) se los invita a formar “grupos de *lectio divina*” en donde se juntan semanalmente en grupos de entre 6 y 12 personas a leer la Biblia y compartir lo que Dios les dice en ella a través de sus ecos, acompañados por un encargado que les va enseñando a crecer en la escucha de Dios y en la amistad. Grupos similares existen para los apoderados, profesores, funcionarios y auxiliares del colegio. También en los tiempos de vacaciones, en verano e invierno, se abren espacios de alrededor de 10 días donde los alumnos (la mayoría sobre los 15 años) salen de la ciudad a vivir experiencias comunitarias, como campamentos de *scout*, misiones o trabajos sociales. Todas estas actividades se organizan inspirándose en la *Regla de San Benito*, lo que se traduce en que los jóvenes asumen los cargos necesarios para que sus grupos puedan vivir como verdaderas comunidades benedictinas (abad, decanos, mayordomo, liturgo, semaneros de cocina, etc.), siguiendo un horario que les permite cada día rezar la Liturgia de las Horas, hacer *lectio divina*, profundizar en las relaciones comunitarias y servir hacia el exterior de la comunidad, ya sea saliendo a misionar de dos en dos, haciendo talleres de *lectio divina* para niños, jóvenes y adultos, o construyendo viviendas básicas para personas que lo necesitan.

Nuestros alumnos no siempre saben que un cargo o un criterio viene de la *Regla*, sino que a veces simplemente lo han heredado de otros mayores que ellos. Pero generalmente acuden a la *Regla* y aprenden directamente de san Benito, por ejemplo, la manera en que deben pedir y dar consejo<sup>42</sup>; la forma de tratar a los huéspedes<sup>43</sup>, a los enfermos<sup>44</sup>, a los niños<sup>45</sup>, a los pobres<sup>46</sup> y a los mayores<sup>47</sup>; cómo debe ser una autoridad y cómo debe ser el servicio que presta a la comunidad<sup>48</sup>; la importancia del orden, la disciplina, el servicio y la obediencia mutua<sup>49</sup>; las buenas obras<sup>50</sup>, la humildad<sup>51</sup> y, por supuesto, el buen celo<sup>52</sup>. De esta manera, alrededor de mil jóvenes viven durante sus vacaciones un tiempo que los ayuda a escuchar a Dios, servirse mutuamente, construir la comunidad y salir a compartir la alegría de vivir el Evangelio con los que los rodean. Estas actividades son voluntarias, los mismos alumnos se inscriben y las organizan asesorados por jóvenes sólo algunos años mayores que han vivido estas experiencias con anterioridad y quieren acoger a las próximas generaciones para compartir con ellas el encuentro que han tenido con Jesucristo.

También existe una experiencia de formación que dura 4 meses, en la que jóvenes en edad universitaria (desde los 18 años) deciden congelar sus estudios por un semestre para irse a vivir a la Patagonia chilena, a un campo llamado San José en donde el Movimiento tiene algunas casas de formación para hombres y mujeres. En este lugar llevan una vida sencilla, sin luz eléctrica, al ritmo que da la misma naturaleza. Esta vida está fuertemente marcada por el compartir en comunidad, la oración de la Liturgia de las Horas, la *lectio divina*, el estudio, la lectura y el trabajo en el campo, en medio de los imponentes bosques, lagos y montañas de esa zona austral de Chile. El silencio, la oración constante, la sencillez

---

42 Cf. *RB* 3.

43 Cf. *RB* 53 y 61.

44 Cf. *RB* 36.

45 Cf. *RB* 4,71; 30,1; 37; 63,10.

46 Cf. *RB* 53,15.

47 Cf. *RB* 4,70; 37; 63,10.

48 Cf. *RB* 2.

49 Cf. *RB* 5; 31; 32; 35.

50 Cf. *RB* 4.

51 Cf. *RB* 7.

52 Cf. *RB* 72.

y el amor que se vive en la comunidad despierta en los jóvenes su sensibilidad espiritual, haciendo que la atmósfera general de esta experiencia esté teñida por la presencia amorosa y providente de Dios. De una u otra forma, y con diferente intensidad, todas estas experiencias marcan a los jóvenes y en ellas la Palabra los ilumina fuertemente sobre el verdadero sentido de sus vidas, sus amistades, su fe, su vocación y misión en la Iglesia, y los renueva en su relación con Dios.

Hoy el desafío que tenemos sigue siendo el mismo que al comienzo, pero los dones que Dios nos ha dado para avanzar se han hecho más nítidos: mantenernos fieles a la escucha de la Palabra, ser celosos en vivir benedictinamente nuestra vida comunitaria y atrevernos a irradiar el gozo del Evangelio más allá de nuestra comunidad. Para vivir esta vocación, es esencial que vivamos la tutoría en todo momento, con quienes nos rodean –especialmente con los niños y jóvenes– y entre nosotros como comunidad, porque nos hemos dado cuenta de que más que una actividad, la tutoría es nuestra forma de evangelizar, por la cual nos convertimos en una comunidad evangelizada y evangelizadora. Es la base de nuestra comunidad, porque en el fondo es nuestra forma de relacionarnos, reconociendo siempre a Cristo en el otro<sup>53</sup>. Evidentemente que cada día nos encontramos con innumerables problemas, contratiempos y deficiencias: las cosas no funcionan siempre según lo esperado, hay malentendidos en las relaciones, cuesta motivar a los tutores jóvenes para que se comprometan y asuman su misión con responsabilidad; en los colegios siempre está la tensión por obtener buenos resultados académicos. En fin, sufrimos los dolores de cabeza que vienen con cualquier relación o trabajo. Con todo, si bien a veces sembramos entre lágrimas, sabemos que la cosecha se da entre cantares de gozo, porque aunque la mayor parte de las veces no vemos los frutos de nuestra misión, confiamos en que la Palabra y el amor que hemos entregado fermentará en la vida de muchos jóvenes como la levadura en la masa<sup>54</sup> y se convertirá en esperanza de vida eterna y signo de la presencia del Reino en el mundo y la Iglesia del futuro.

---

53 Cf. *Mt* 25,31-40.

54 Cf. *Mt* 13,33.